

# DELPHINE DE VIGAN



BASADA EN HECHOS REALES

# DELPHINE DE

«Durante casi tres años, no escribí una sola línea», dice la protagonista y narradora. Se llama Delphine, tiene dos hijos a punto de dejar atrás la adolescencia y mantiene una relación sentimental con François, que dirige un programa cultural en la televisión y está de viaje por Estados Unidos rodando un documental. Estos datos biográficos, empezando por el nombre, parecen coincidir difusamente con los de la autora, que con Nada se opone a la noche, su anterior libro, arrasó en Francia y en medio mundo. Si en esa y en alguna otra obra anterior utilizaba los recursos novelescos para abordar una historia real, aquí viste de relato verídico una ficción. ¿O no? Delphine es una escritora que ha pasado del éxito apabullante que la puso bajo todos los focos al vértigo íntimo de la página en blanco. Y es entonces cuando se cruza en su camino L., una mujer sofisticada y seductora, que trabaja como negra literaria redactando memorias de famosos. Comparten gustos e intiman. L. insiste a su nueva amiga en que debe abandonar el proyecto novelesco sobre la telerrealidad que tiene entre manos y volver a utilizar su propia vida como material literario. Y mientras Delphine recibe unas amenazantes cartas anónimas que la acusan de haberse aprovechado de las historias de su familia para triunfar como escritora, L., con sus crecientes intrusiones, se va adueñando de su vida hasta bordear la vampirización...

Pocos meses después de que apareciera mi última novela, dejé de escribir. Durante casi tres años, no escribí una sola línea. Las expresiones estereotipadas deben interpretarse algunas veces al pie de la letra: no escribí ni una carta burocrática, ni una tarjeta de agradecimiento, ni una postal de vacaciones, ni una lista de la compra. Nada que exigiera un esfuerzo de redacción, que obedeciese a una preocupación formal. Ni una línea, ni una palabra. Ver un bloc, una libreta o una ficha me producía náuseas.

Poco a poco, el mismo gesto pasó a ser ocasional, vacilante, no lo ejecutaba ya sin aprensión. El simple hecho de empuñar una pluma se me hizo cada vez más difícil.

Más adelante, me entraba pánico solo con abrir un documento de Word.

Buscaba la postura adecuada, la orientación óptima de la pantalla, estiraba las piernas bajo la mesa. Y luego permanecía así, inmóvil, durante horas, con los ojos clavados en la pantalla.

Tiempo después, empezaron a temblarme las manos en cuanto las acercaba al teclado.

Rechacé sin distinción cuantas ofertas me propusieron: artículos, noticias de verano, prólogos y otras participaciones en obras colectivas. La simple palabra *escribir* en una carta o en un mensaje bastaba para que se me hiciera un nudo en el estómago.

No, ya no podía escribir.

Escribir, ni pensarlo.

Ahora sé que corrieron distintos rumores en mi entorno, en el mundillo literario y en las redes sociales. Sé que se di-

jo que no escribiría más, que había llegado a un punto final, que los fuegos de paja, o los de papel, siempre acaban apagándose. El hombre a quien amo se imaginó que a su contacto yo había perdido el arranque, o bien el instinto creador, y que por lo tanto no tardaría en abandonarlo.

Cuando los amigos, los conocidos y aun a veces los periodistas se aventuraron a preguntarme sobre ese silencio, barajé diferentes motivos o impedimentos, entre los cuales figuraban el cansancio, los desplazamientos al extranjero, la presión ligada al éxito o incluso el final de un ciclo literario. Pretextaba la falta de tiempo, la dispersión, la agitación, y salía del paso con una sonrisa cuya fingida serenidad no engañaba a nadie.

Hoy sé que todo eso es un puro pretexto. Todo eso no es nada.

Con mis allegados, puede que alguna vez evocase el miedo. No recuerdo haber hablado de terror, cuando en realidad de *terror* se trataba. Ahora puedo admitirlo: la escritura a la que hacía tanto tiempo que me dedicaba, que tan hondamente había transformado mi existencia y tan preciada había sido para mí, me aterrorizaba.

La verdad es que en el momento en que hubiera debido volver a escribir, según un ciclo que alterna periodos de latencia, de incubación, con periodos de redacción propiamente dicha —ciclo casi cronobiológico que llevaba experimentando más de diez años—, en el momento digo en que me disponía a embarcarme en el libro para el que había tomado un buen número de notas y recogido abundante documentación, conocí a L.

Hoy sé que L. es la sola y única razón de mi impotencia. Y que los dos años que duró nuestra relación estuvieron a punto de hacerme callar para siempre.

*Delphine de Vigan*

## I. Seducción

Era como si él fuese el personaje de una narración o de una obra de teatro, un personaje cuya historia no se cuenta como historia, sino que se recrea como ficción.

STEPHEN KING, *Misery*

Me gustaría relatar cómo entró L. en mi vida, en qué circunstancias, me gustaría describir con precisión el contexto que permitió a L. penetrar en mi esfera privada y, con paciencia, adueñarse de ella. No es tan sencillo. Y en el momento en que escribo esa frase, *cómo entró L. en mi vida*, calibro lo que tiene de pomposo esa expresión, un tanto trillada, cómo recalca una dramaturgia que no existe aún, esa voluntad de anunciar el viraje o la repercusión. Pero sí, L. *entró en mi vida* y la desquició profunda, lenta, firme, insidiosamente. L. entró en mi vida como en un escenario de teatro, en mitad de la representación, como si un director de escena se hubiera encargado de que todo se difuminase en derredor para abrirle paso, como si la entrada de L. se hubiera dispuesto para resaltar su importancia, para que en ese momento preciso el espectador y los demás personajes presentes en escena (en este caso, yo) solo repararan en esa irrupción, para que todo a nuestro alrededor se inmovilizara y su voz llegase hasta el fondo de la sala; en resumidas cuentas, para que produjese su pequeño efecto.

Pero corro demasiado.

Conocí a L. a finales de marzo. En la siguiente aparición, L. transitaba por mi vida como una amiga de muy antiguo, en terreno conocido. En la siguiente aparición, teníamos ya nuestros *private jokes*, una lengua común hecha de sobrentendidos y de dobles sentidos, de miradas que bastaban para entendernos. Nuestra complicidad se alimentaba de confidencias compartidas, pero también de medias palabras y de comentarios silenciosos. Con la distancia, y vista la violencia que revistió más adelante nuestra relación, podría atreverme a decir que L. entró en mi vida por efracción, con el único objetivo de anexionarse mi territorio, pero eso sería falso.

L. entró como quien no quiere la cosa, con una infinita delicadeza, y pasé con ella momentos de sorprendente

complicidad.

La tarde anterior a nuestro encuentro, me esperaban para una sesión de firmas en el Salón del Libro de París. Me reuní allí con mi amigo Olivier, a quien habían invitado a un espacio en directo en el *stand* de Radio France. Me mezclé con el público para oírlo. Luego compartimos un sándwich en un rincón con Rose, su hija mayor, los tres sentados en la moqueta raída del Salón. Mi firma estaba anunciada para las 14.30, lo cual nos dejaba poco tiempo. Olivier no tardó en decirme que parecía agotada de verdad, me preguntó, inquieto, cómo me manejaba con todo aquello, *todo aquello* significaba a la vez el haber escrito un libro tan personal, tan íntimo, y que ese libro hubiese alcanzado semejante resonancia, resonancia que yo jamás habría imaginado, él lo sabía, y para la que, por lo tanto, no estaba preparada.

Después, Olivier me ofreció acompañarme y nos encaminamos hacia el *stand* de mi editor. Pasamos ante una cola densa, apretada, intenté averiguar qué autor se hallaba al otro extremo de la fila, recuerdo haber alzado la vista para descubrir el cartel que nos indicaba su nombre, y Olivier me susurró creo que es para ti. La cola, en efecto, se estiraba a lo lejos, y formaba un recodo hasta el *stand* donde me esperaba el público.

En otros tiempos, y aun unos meses atrás, aquello me habría llenado de gozo y sin duda de vanidad. Me había pasado horas acechando al posible lector en distintos salones, sentada formalmente tras mi pila de libros, sin que se presentase nadie, conocía ese desasosiego, esa soledad un tanto vergonzante. Ahora me invadía una sensación muy distinta, una suerte de aturdimiento, por un instante llegué a pensar que aquello era demasiado, demasiado para una sola persona, demasiado para mí. Olivier me dijo que allí me dejaba.

Mi libro había aparecido a finales de agosto y hacía meses que iba de ciudad en ciudad, de presentación en firma, de lectura en debate, en librerías, bibliotecas, mediatecas, donde me esperaban cada vez más lectores.

Aquello me subyugaba a veces, esa sensación de haber dado en el clavo, de haber arrastrado conmigo a miles de lectores; esa impresión, sin duda falaz, de que me habían entendido.

Era feliz, estaba colmada, atónita.

Orgullosa, y todavía incrédula.

Había escrito un libro cuyo alcance nunca habría imaginado.

Había escrito un libro cuyo efecto entre mi familia y mi entorno se propagaría en varias oleadas, un libro cuyos efectos colaterales no había previsto, un libro que no tardaría en concitarme apoyos indefectibles pero también falsos aliados, y cuyos efectos retardados se prolongarían durante largo tiempo.

No había imaginado la multiplicación del objeto y sus consecuencias, no había imaginado aquella imagen de mi madre, reproducida cientos y miles de veces, aquella foto aparecida en la sobrecubierta que contribuyó sustancialmente a la propagación del texto, aquella foto que enseguida se disoció de ella y que en lo sucesivo pasó a no ser mi madre sino el personaje de la novela, difuso y difractado.

No había imaginado a los lectores emocionados, intimidados, no había imaginado que algunos llorarían ante mí y lo mucho que me costaría no llorar con ellos.

Aquella primera vez, en Lille, donde una mujer débil y visiblemente extenuada por varias hospitalizaciones me contó que la novela le había infundido esa esperanza loca, descabellada, de que a pesar de su enfermedad, a pesar

de lo que había sucedido y que sería irreparable, a pesar de lo que les había *infligido*, tal vez sus hijos podrían quererla...

Y aquella otra vez, en París, una mañana de domingo, cuando un hombre desmejorado me habló del trastorno mental, de cómo los otros los miraban a él, a ellos, a aquellos que daban tanto miedo que los metían a todos en el mismo saco, bipolares, esquizofrénicos, depresivos, etiquetados como pollos bajo papel de celofán según las tendencias del momento y las portadas de las revistas, y Lucile, mi heroína intocable, los rehabilitaba a todos.

Y otros más, en Estrasburgo, en Nantes, en Montpellier, gente a quien a veces me entraban ganas de abrazar.

Poco a poco, fui creando mal que bien una imperceptible muralla, un cordón sanitario que me permitía continuar, estar allí, mantenerme a la distancia adecuada, un movimiento con el diafragma que bloqueaba el aire a la altura del esternón, formando un minúsculo cojín, un airbag invisible, que luego espiraba progresivamente por la boca, una vez pasado el peligro. De ese modo podía escuchar, hablar, comprender lo que se tejía respecto al libro, ese vaivén que se opera entre el lector y el texto, toda vez que el libro remite al lector, casi siempre —y por una razón que no sé explicar—, a su propia historia. El libro era una suerte de espejo cuya profundidad de campo y cuyo límite ya no me pertenecían.

Pero sabía que tarde o temprano todo aquello me rebasaría, el número, sí, el número de lectores, de comentarios, de invitaciones, el número de librerías visitadas y de horas pasadas en los TGV, y que entonces algo cedería bajo el peso de mis dudas y de mis contradicciones. Sabía que tarde o temprano no podría sustraerme a ello, y que tendría que calibrar la exacta medida de las cosas, por no haberlas asumido.

Aquel sábado, en el Salón, no paré de firmar libros. Venía gente a hablar conmigo y me costaba encontrar las palabras para darles las gracias, contestar a sus preguntas, hallarme a la altura de su espera. Notaba que me temblaba la voz y respiraba con esfuerzo. El airbag ya no funcionaba, me veía incapaz de afrontar la situación. Era permeable. Vulnerable.

A eso de las 6, cerraron la cola colocando una cinta elástica entre dos piquetes, con el fin de disuadir a los recién llegados, obligados por lo tanto a dar media vuelta. A unos metros de mí, oía a los responsables del *stand* explicar que yo lo dejaba ya, *tiene que marcharse, lo deja, lo sentimos, se va*.

Una vez acabé de firmar los libros de quienes habían sido designados como últimos de la cola, me entretuve unos minutos hablando con mi editora y con el director comercial. Pensé en el trayecto que me esperaba de allí a la estación, me sentía agotada, habría podido tumbarme en la moqueta y quedarme allí. Estábamos en el *stand*, de pie, yo de espaldas a los pasillos del Salón y a la mesita donde estaba instalada minutos antes. Una mujer se nos acercó por detrás y me preguntó si podía dedicarle su ejemplar. Me oí decirle que no, así, sin pensármelo. Creo que le expliqué que si firmaba su libro, acudirían otras personas para que reanudase las dedicatorias e inevitablemente volvería a formarse la cola.

Advertí en su mirada que no lo entendía, no podía entenderlo, no quedaba ya nadie alrededor de nosotros, los que no habían tenido suerte se habían dispersado, todo parecía tranquilo y apacible, percibí en su mirada que se decía pero por quién se toma esta gilipollas, que más darán un libro o dos, o acaso no ha venido precisamente a eso, a vender y a firmar libros, no irá encima a quejarse.

Yo no podía decirle señora, lo siento mucho, ya no doy abasto, estoy cansada, no tengo la madera, ni el físico, qué

le vamos a hacer, ya sé que otros pueden aguantar horas sin beber ni comer nada, hasta que todo el mundo haya desfilado, haya obtenido satisfacción, auténticos camellos, atletas desde luego, pero yo no, hoy no, no me veo ya capaz de escribir mi nombre, mi nombre es una impostura, una mistificación, créame, mi nombre en ese libro no tiene más valor que una mierda de paloma que hubiera caído desafortunadamente en la página de guarda.

No podía decirle si le firmo el libro, señora, me partiré en dos, eso es exactamente lo que pasará, se lo advierto, aléjese, manténgase a distancia, si no el minúsculo hilo que une las dos mitades de mi persona se romperá y entonces me pondré a llorar y tal vez a gritar, y eso puede resultar muy embarazoso para todos nosotros.

Abandoné el salón, ignorando el remordimiento que comenzaba a asaltarme.

Tomé el metro en la Porte de Versailles, el tren estaba abarrotado, aun así pude sentarme. Con la nariz pegada al cristal, empecé a representarme de nuevo aquella escena, que me vino a la mente una y otra vez. Me había negado a firmarle el libro a aquella mujer, cuando yo estaba allí, conversando. No podía creérmelo. Me sentía culpable, ridícula, avergonzada.

Escribo esa escena, hoy, con toda la fatiga y sobrecarga que contiene, porque estoy casi segura de que, de no haber sucedido, no habría conocido a L.

L. no habría hallado en mí ese terreno tan frágil, tan fluctuante, tan quebradizo.

De niña, lloraba el día de mi cumpleaños. En el momento en que los invitados reunidos arrancaban con la tradicional canción cuya letra es manifiestamente idéntica en todas las familias que conozco, mientras avanzaba hacia mí el pastel rematado con unas velas, prorrumpía en sollozos.

Esa atención centrada en mi persona, esas miradas brillantes que convergían en mí, esa emoción colectiva, me resultaban insoportables.

Nada tenía que ver aquello con el placer real que por otra parte me causaba que se celebrase una fiesta en mi honor, en nada empañaba mi alegría de recibir regalos, pero se originaba en aquel momento preciso una especie de efecto Larsen, como si en respuesta a ese ruido colectivo emitido de cara a mí, yo tan solo pudiera producir otro ruido, más agudo aún, una frecuencia inaudible y desastrosa. Ignoro hasta qué edad se repitió aquella escena (la impaciencia, la tensión, la alegría, y yo, frente a los demás, de golpe moqueante y aterrada), pero conservo un recuerdo preciso de la sensación que me inundaba entonces, *que cumplas muchos años y que estas velas te traigan la felicidad*, y de las ganas de salir corriendo. Una vez, cuando tendría unos ocho años, me escapé.

En la época en que se celebraban los cumpleaños en clase (en párvulos), recuerdo que mi madre tuvo que escribir una nota a la maestra para pedirle que no se celebrara el mío, nota que me leyó en voz alta para que me enterase antes de introducirla en el sobre, y en la que figuraba el adjetivo *emotiva*, cuyo significado yo ignoraba. No me atreví a preguntárselo, consciente de que el hecho de escribir a la maestra implicaba ya una actuación excepcional, un esfuerzo, con el que se pretendía obtener de mi maestra una actuación no menos inhabitual, un privilegio, en resumidas cuentas un trato de favor. A decir verdad, durante mucho tiempo pensé que la palabra *emotivo* tenía que ver con la

cantidad de vocabulario que poseía un individuo: yo era una niña *e-mot-iva*<sup>[1]</sup>, a quien por lo tanto le faltaban palabras, lo cual explicaba, al parecer, mi ineptitud para celebrar mi cumpleaños en colectividad. Eso me hizo comprender que para vivir en sociedad había que armarse con palabras, no dudar en multiplicarlas, diversificarlas, captar sus más ínfimos matices. El vocabulario adquirido de ese modo creaba poco a poco una coraza, espesa y fibrosa, que permitía desenvolverse en el mundo, despierta y confiada. Pero seguía desconociendo tantas palabras...

Más adelante, en primaria, cuando hube de rellenar la ficha de comienzo de curso, seguí falseando mi fecha de nacimiento, desplazada unos meses al corazón de las vacaciones de verano, como medida de precaución.

Asimismo, en la cantina o en casas de amigos, me tragué u oculté en más de una ocasión (y hasta que fui mayor) el haba que había descubierto aterrorizada en mi trozo de roscón de reyes. Anunciar mi victoria o ser objeto durante unos segundos, y aun unos minutos, de la atención general me resultaba imposible. Por no hablar de los décimos de lotería premiados, que de inmediato arrugaba o rompía para no tener que dejarme ver yendo a cobrar el premio; llegué a renunciar, cuando estaba en el último curso de primaria, a un bono de compra por valor de cien francos en las galerías Lafayette, durante las fiestas de fin de año. Recuerdo haber calculado la distancia que me separaba de la tarima —había que alcanzarla sin tropezar, con expresión natural relajada, y subir unos escalones y dar las gracias a la directora del colegio— y haber llegado a la conclusión de que la cosa no merecía la pena.

Hallarme en el centro, siquiera un instante, soportar varias miradas a la vez, era algo para mí imposible.

Fui una niña y una muchacha muy tímida, pero hasta donde alcanza mi recuerdo, ese hándicap se manifestaba sobre todo ante un grupo (es decir, cuando me enfrentaba a más de tres o cuatro personas a la vez). La clase, en particular, era para mí la expresión primordial de una entidad colectiva que nunca dejó de aterrarme. Hasta finalizar mi escolaridad, fui incapaz de conciliar el sueño la víspera de los días de recitación en voz alta o de exposición, y paso por alto las estrategias de escapatória que desarrollé durante largo tiempo para no hablar en público bajo ninguna circunstancia.

En cambio, desde mi más temprana edad, creo haber demostrado cierta soltura en el cara a cara, en el mano a mano, y una auténtica capacidad de encontrarme con el Otro —siempre que tomara la forma de un individuo y no de un grupo—, de trabar amistad con él. Dondequiera que fui, o viví, siempre hallé a alguien con quien jugar, hablar, reír, soñar; por dondequiera que pasé, encontré amigos(as) y entablé relaciones duraderas, como si percibiera de inmediato que mi salvaguarda afectiva se desarrollaría en ese lugar. Hasta que conocí a L.

Aquel sábado, al salir del Salón del Libro, tenía pensado ir corriendo a la estación y reunirme con el hombre al que amo en el campo para pasar con él la noche y el día siguiente. François se había marchado a Courseilles la víspera, como casi todos los fines de semana. Con el paso de los años, esa casa, que acababa de comprar cuando lo conocí, se había convertido en su refugio, su trinchera, y cuando los viernes por la noche lo veo cruzar el umbral, exhalando un sonoro suspiro de placer o de descanso, me vienen a la mente los teléfonos inalámbricos que colocamos en su base cuando están descargados, ese pequeño bip de satisfacción que emiten. Las personas de nuestro entorno saben hasta qué punto esa casa constituye la base de su equilibrio y lo difícil que es arrancarlo de ella.

François me esperaba. Habíamos quedado en que lo llamaría cuando subiera al tren ómnibus que para en todas partes, y en un lugar a campo abierto, a unos kilómetros de Courseilles.

Cuando el metro se detuvo en la estación de Montparnasse, dudé. Creo que me levanté, pero no me apeé. Estaba demasiado preocupada para irme. No estaba disponible. El incidente del Salón había revelado de golpe mi agotamiento, ese estado de tensión, de fragilidad, que a François le preocupaba y que a mí me costaba admitir. Seguí mi camino hacia el distrito once. Le envié un SMS para avisarle de que volvía a casa, le llamaría un poco más tarde.

De regreso en mi barrio, me detuve en el Super U. Mis hijos pasaban el fin de semana en casa de su padre, François en el campo; durante el trayecto se había precisado el proyecto de una velada tranquila, una velada de silencio y de soledad, exactamente lo que necesitaba.

Mientras deambulaba por las secciones del súper, con una cesta roja de plástico colgada del antebrazo, oí que me